

talento para luchar contra Rusia, y que las inmensas riquezas del duque de Anjou (cargado de deudas, casi arruinado y que especulaba con las riquezas de Polonia) serían empleadas en bien del país. A los protestantes se les dijo que Enrique era enemigo de toda intolerancia, y al partido de los católicos intransigentes no se le ocultaba lo que de aquel soberano se podía esperar. Necesitábase toda la osadía y toda la habilidad de Montluc para persistir en la fábula de la tolerancia de Enrique después de la noche de San Bartolomé. Muy hábilmente supo desvanecer las primeras malas impresiones, y cuando los protestantes pensaron en buscar otros candidatos, fijándose en un Piasta, en Juan III de Suecia, en el vaivoda de Transilvania, Estéban Bathory, y en el duque Alberto Federico de Prusia, ninguno de estos contó con la menor probabilidad de éxito. La enemistad entre Firley y Zborowski hacía imposible toda unidad de acción; por esto sucedió lo que debía suceder.

Cuando al comenzar el año 1573 se reunió la dieta de convocación de Varsovia, los que veían claramente las cosas no podían abrigar la menor duda acerca del resultado definitivo.

Discutióse en primer término qué papel correspondía al primado en la elección de rey, habiéndose convenido por medio de un compromiso que durante un interregno convocaría él la dieta y después nombraría el rey y le coronaría y que el gran mariscal de la corona, en cambio, proclamaría el resultado de la elección.

En cuanto á la forma de elegir al monarca, se determinó que fueran electores todos los nobles de Polonia y de Lituania obligados al servicio de las armas, incluso los de los Estados incorporados á ambos reinos, debiendo cada uno emitir personalmente su voto. La elección se debía verificar en Varsovia el día 1.º de abril de 1573.

Los protestantes tenían por seguro que de tal elección no podía salir otro rey sino Enrique de Anjou, y en esta creencia quisieron obtener, antes de que la elección se verificara, una seguridad legal de que la libertad de conciencia sería un hecho. A este fin se reunieron en confederación el día 28 de enero de 1573, y para atraerse, como ya anteriormente lo habían hecho, el apoyo de la Szlachta católica, unieron á sus exigencias religiosas la petición popular de una revisión de los derechos y condensaron sus deseos en diez puntos, de los cuales el tercero decía: «Puesto que en nuestro Estado existen no pocas confesiones cristianas y para que en esta ocasión no surjan funestas discordias como las que en otros reinos presenciarnos, nos obligamos nosotros, los disidentes en religión (*dissidentes in religione*) (1), por nosotros y por nuestros descendientes por eterno tiempo con juramento, palabra de honor y conciencia, á mantener la paz y á no derramar sangre, ni percibir multas, ni confiscar bienes, ni quitar honores, ni encarcelar, ni desterrar por cuestiones de diferencias de religión ó de prácticas religiosas. Tampoco queremos ayudar á ningún poder ni á ningún funcionario de gobierno que tales cosas pretenda. Y si alguien derramara sangre por este motivo, nos obligamos á oponerle resistencia aun cuando hubiera de por medio una sentencia judicial.» El punto cuarto del acta de la confederación decía, y ello no deja de ser raro, que con tal acuerdo no se trataba en modo alguno de perjudicar la potestad de los señores laicos y espirituales sobre sus súbditos, pues se les conservaba el derecho de castigar, *tam in spiritualibus quam in secularibus*, á los vasallos usurpadores.

La libertad de conciencia sólo debía existir para la Szlachta.

(1) Esta era la primera vez que tal expresión se consignaba en un documento.

¿Qué importaba la suerte de los ciudadanos y de los labradores?

El acta de la confederación fué en un principio acogida con aplauso, pero rechazada después á consecuencia de la protesta de los obispos y sobre todo de haberse pasado entretanto el primado Uchanski al campo de los católicos intransigentes. Uchanski declaró solemnemente en el Senado: «que no podía estar de acuerdo con principios que ofendían á la majestad de Dios y su santa voluntad y que antes que conceder libertad de conciencia á cualquier mahometano ó epicúreo, prefería dejarse cortar la mano derecha y aun la cabeza.» No era posible prescindir de tal protesta, así es que cuando se reunió la dieta electoral, Polonia estaba dividida en dos grandes bandos enemigos.

Seguía siendo inevitable la elección de Enrique, pero se hacía preciso antes de que se consumara tomar una resolución respecto de la exigencia de los disidentes, los cuales estaban firmemente decididos á no ceder en su demanda de seguras garantías de la libertad de conciencia, aun cuando para obtenerlas hubiera de estallar una guerra civil. Los peticionarios consiguieron que la dieta electoral nombrase una comisión encargada de revisar las leyes, comisión que siguió trabajando aun después de comenzados los preparativos para la elección. En 1.º de mayo de 1573 pudo Firley presentar el resultado de sus trabajos traducidos en los que después se llamaron *Articuli Heinriciani*, que de una manera tan funesta debilitaron para siempre la monarquía polaca. Por la inmensa trascendencia que tuvieron es necesario que tratemos de ellos con alguna detención.

El primer punto suprimía la calidad de hereditaria en la sucesión á la corona y por medio de una serie de minuciosas medidas procuraba que el rey, fuese quien fuese, no pudiera influir en lo mas pequeño en la elección de su sucesor. El artículo segundo obligaba al monarca á jurar que conservaría eternamente la confederación especial que para los fines de la paz religiosa se había establecido en Varsovia. Y al final del documento se decía: «Si hacemos, ¡Dios no lo quiera! algo contra las leyes, libertades, estatutos y capitulaciones ó no cumplimos algo de lo que ellas disponen, relevamos para este caso á los habitantes del reino y del gran ducado del juramento de fidelidad y obediencia que nos han prestado (2).»

Los reyes de Polonia se veían, pues, enfrente de las dietas privados de todo derecho de iniciativa y en cambio el Senado adquiría la importancia de una autoridad que fiscalizaba al rey y al gobierno y era también responsable ante la dieta. Cada dos años debían reunirse las dietas durante seis semanas, y en el período que mediaba entre una y otra dieta el rey estaba completamente bajo la inspección del Senado: una comisión permanente elegida cada vez que se reuniera la dieta y compuesta de diez y seis senadores, cuatro de los cuales vivían con el rey y se relevaban trimestralmente, estaba encargada de vigilar constantemente al monarca, dando también cuenta de su gestión á la dieta. Pero de todas las disposiciones, las mas absurdas eran las que debilitaban por completo las fuerzas militares de Polonia, ya de sí tan escasas.

Para declarar la guerra necesitaba ante todo el rey la aprobación de la dieta, lo propio que para hacer una leva general, exigencia tanto mas funesta cuanto que la reunión de la dieta debía ir precedida de la agitación y pérdida de tiempo que llevaban consigo las elecciones y de las discusiones de las distintas dietas provinciales. Para que el ejército pasara la frontera, el rey necesitaba el consentimiento de la nobleza

(2) Véase Noailles, obra citada, tomo II, pág. 339, *vol. leg. II*, 135.

y pagar los sueldos anticipadamente, no pudiendo durar ninguna campaña mas de tres meses. Transcurrido este plazo, si una nueva dieta no había consentido la continuación de la guerra ó de la expedición armada, los szlachitizes podían volverse á sus casas. El ejército debía ponerse en marcha lo mas tarde á los trece días de haber sido convocado; el rey no podía dividir las tropas en varios cuerpos y tenía que pagar de su bolsillo la artillería, las municiones y todos los gastos de la campaña. Finalmente, sobre él pesaban la defensa de las fronteras y todos los dispendios que con ella se relacionaban.

Los *Articuli Heinriciani* eran, pues, un atentado contra el porvenir de Polonia, un crimen que no bastaba á disculpar el hecho de que Firley esperara hacer aprobar entre los demas artículos, popularísimos todos, el artículo segundo que aseguraba la libertad religiosa á los disidentes pertenecientes á la clase noble, denominación bajo la cual podemos designar en lo sucesivo á todos los no católicos.

En el transcurso de la historia de Polonia la libertad religiosa fué completamente burlada y en cambio subsistieron en todo su vigor los demas artículos que anulaban la dignidad y la fuerza del Estado, hasta que desaparecieron con la empozoñada república.

Armado de estos artículos se presentó Firley ante el Senado en 2 de mayo de 1573, pidiendo que se examinara el trabajo llevado á cabo por la comisión. Al darse lectura del segundo artículo prodújose, como era de esperar, una oposición violentísima; los obispos, al frente de los cuales estaba Karnkowski, no querían oír hablar de una protección legal dada al ateísmo, que por tal tenían la absoluta libertad religiosa, pues con ella se corría el peligro de que el rey, apoyado en ese artículo, entrara á formar parte de una secta que no reconociera la fuerza del juramento, quedando por tanto relevado del suyo y puesta en tela de juicio la constitución, el derecho y la propiedad.

A pesar de los reñidos debates y de que todos los senadores laicos se mostraron favorables al artículo 2.º, no fué posible hacerle triunfar de la oposición del clero y de la Szlachta de Masovia, que se puso al lado de éste. Así como los demas artículos fueron aprobados sin dificultad alguna, en punto al segundo la resistencia fué invencible. Finalmente para poner término á tan estériles debates declaró Firley que como mariscal de la corona anunciaba para el día siguiente el comienzo de la elección. Quedaba siempre la posibilidad, en el corto espacio de tiempo que mediaba entre la elección y la proclamación del nuevo rey, de hacer una última tentativa en favor del artículo segundo.

Enrique de Anjou fué efectivamente elegido y los disidentes resolvieron disolver la dieta ante el peligro de una guerra civil, y abandonando bajo la dirección del gran mariscal de la corona el campo electoral durante la noche del 10 al 11 de mayo, se dirigieron á Grochow, aldea distante una hora de Varsovia. Allí se reunieron todos los que eran contrarios á la candidatura francesa constituyendo un pequeño ejército, resuelto en último caso á luchar con los partidarios de Enrique, divididos en tres cuerpos, hasta conseguir una solución definitiva (1). En el fondo no se combatía por la persona del rey, pues era indudable que nadie podía con probabilidades de éxito ponerse enfrente del Valois ni pretender para sí los votos de los electores: lo único que pretendían los disidentes para ceder era que se aprobara el punto segundo de los *Articuli Heinriciani*. Puesta la cuestión en este terreno y después de difíciles negociaciones, acerca de las cuales no podemos en-

(1) Acerca del curso dramático de las negociaciones en los últimos días y horas, véase Noailles, obra citada.

trar en detalles, vínose á un acuerdo, habiendo sido los senadores los que decidieron la paz: la inmensa mayoría de los szlachitizes, una vez determinada la persona del rey, dieron muy poca importancia á todo lo demás. El clero, que, á excepción de Krasinski, se negó á firmar, en nada pudo cambiar lo convenido, y á los mismos embajadores franceses no les quedó mas recurso que someterse. El día 15 de mayo de 1573 prestaron en la tienda senatorial del campo de la elección el juramento que les dictaba Krasinski y que obligaba al rey á aceptar las condiciones bajo las cuales había sido hecha la elección. Además y por excitación de Firley hubieron de añadir á la fórmula las siguientes palabras: «Principalmente y muy especialmente juramos que el rey electo cumplirá todo cuanto acerca de la conservación de la paz entre las distintas religiones contenga el documento que en la dieta de la coronación le presentarán el mariscal y el gran canciller.»

La libertad de conciencia quedaba para siempre asegurada en Polonia, si un juramento solemne era seguridad bastante para la paz religiosa. De la protesta formulada por Uchanski nadie apenas hizo caso, pues fué ahogada por el júbilo general que estalló cuando Jan Firley pronunció la fórmula por la cual Enrique de Anjou era proclamado rey de Polonia. También los católicos, á pesar de todas las concesiones, se mostraban regocijados, porque aun les parecía posible que Enrique, que según muy alegremente decía el cardenal Hosio «siempre y en todas partes había reconocido á Jesucristo,» prescindiera de la confederación de Varsovia, de «aquella conjuración contra Dios y contra su Cristo,» y esperaban llegar á este fin deseado por medio del Papa, de los Guisas y de Catalina de Médicis, tanto mas cuanto que el jefe de la embajada enviada á Francia, Konarski, abad de Posen, era un hombre incondicionalmente adicto á la nueva tendencia del catolicismo. Doce embajadores y nada menos que doscientos cincuenta nobles con sus respectivos séquitos se dispusieron á ir á buscar al rey; el día 19 de agosto de 1573 llegaron á París; el 10 de setiembre, Enrique, después de fracasar todas sus tentativas para que los polacos cedieran de sus exigencias, prestó su juramento en la iglesia de Nuestra Señora y el día 13 le fué entregada solemnemente el acta de su elección. Enrique partió de muy mala gana para Polonia á causa del mal estado de salud de su hermano. Además, habíale costado gran violencia jurar los *pacta conventa*, que formulaban las promesas con sobrada facilidad hechas por Montluc antes de la elección; el compromiso de casarse con Ana, la hermana de Segismundo Augusto, le parecía insoportable, y los *Articuli Heinriciani*, aun prescindiendo del tan discutido y combatido punto segundo, eran para él una abominación, porque coartaban por todos lados la plenitud del poder real. En cuanto á los sentimientos en Polonia imperantes había tenido ocasión de conocerlos cuando en la primera tentativa que hizo para rechazar los *Articuli Heinriciani*, Jan Zborowski le increpó diciendo: *¡Jurabis aut non regnabis!* Pero así como entonces prestó el juramento sin ánimo de cumplirlo, del mismo modo estaba firmemente resuelto cuando estuviera en Polonia á saltar por encima de todo obstáculo que se opusiera á sus aficiones y á sus principios fundamentales, si es que puede hablarse de principios fundamentales tratándose de aquel príncipe.

El gobierno del Valois en el trono de Polonia fué de importancia negativa para la historia de la Europa oriental. El nuevo monarca pasó la frontera polaca en 26 enero de 1574; el 30 de mayo murió Carlos IX y en 17 de julio el rey Enrique huyó de Polonia de noche como un malhechor. Los polacos, llevando á su frente al conde Tenczynski, salieron

en su persecucion, siguiéndole muy de cerca: pasado Oswiecim, solo les separaba un riachuelo cuyo puente habia hecho destruir Enrique apenas lo hubo pasado, pero «Tenczynski se arrojó sin vacilar al agua y creyendo reconocer en la otra orilla á Enrique, díjole á voces, sin dejar de nadar: *Serenísima Majestas, cur fugis!* «Serenísima Majestad, ¿por qué huyes?» El rey soltó una ruidosa carcajada, picó espuelas á su caballo y llegó felizmente á la frontera (en Pszczyna, Silesia) antes que sus perseguidores. Tenczynski, que le alcanzó en territorio alemán, hizo una última tentativa para lograr de él que regresara á Polonia; pero Enrique le contestó que habia llegado demasiado lejos para emprender el regreso, y añadió: «Aunque estuvieran aquí todas las fuerzas militares de Polonia no volvería atrás y al primero que osara hablarme de ello le hundiría el puñal en el pecho. Solo un favor podeis hacerme y es volver al lado de vuestra gente, que es la mía, y cuidar de ella.» El polaco se pinchó el brazo con el puñal y sorbiendo la sangre que de la herida manaba juró anegado en llanto eterna fidelidad al rey; éste le hizo un valioso presente, con lo cual regresó el conde á Polonia con sus polacos.

El resultado de aquel episodio fué bufo, como lo fueron también los tratos que el rey fugitivo tuvo con los polacos desde Francia. Despues de muy apasionados debates convinieron al fin los de Cracovia en convocar para el día 12 de mayo del siguiente año una dieta que se reuniría en Stenzycza y en la cual, si para aquella fecha el rey no habia regresado, se dispondría de la corona como si el trono estuviera vacante. Enrique se hizo el ofendido cuando á principios de 1575 una embajada le notificó el anterior acuerdo; y manifestó que en cuanto los asuntos de Francia se le permitieran volvería á Polonia, pero que no podia aceptar un término obligatorio para su regreso. Mientras esto decia, explotaba por otro lado la corona polaca cual si fuera una mercancía negociable. Un embajador se presentó en vez de él en Stenzycza, pero era ya demasiado tarde para influir en la solucion definitiva.

CAPÍTULO IX

IVAN Y ESTÉBAN BATHORY (I)

La inesperada vacante del trono de Polonia excitó nuevamente todas las pasiones políticas fuera de las fronteras del reino: la solución que á esta cuestión se diera era inseparable de la solución de la cuestión livonia. Todo era inseguro todavía en Livonia, pues ni los territorios suecos, ni los daneses, rusos y polacos de este país estaban persuadidos de que su situación quedaria definitivamente resuelta. Los livonios, en las continuas alternativas de temores y esperanzas, hoy luchando contra los suecos y los dinamarqueses bajo la dirección polaca, mañana bajo el gobierno del rey Magno aliados con los rusos y al otro día unidos á todo el que combatiera al enemigo capital del moscovita, habian perdido toda su confianza en los auxiliares y mediadores codiciosos. ¿Quién podia garantizar que el amigo de hoy no seria el enemigo de mañana? ¿Qué bandera habia que seguir desde que la bandera livonia habia desaparecido? Durante un corto período habia parecido que el imperio alemán, que por tanto tiempo habia presenciado cansado y cruzado de brazos todos los sucesos, queria acordarse de sus

(1) No he podido consultar las obras de Werschowsky: *Dos candidaturas al trono polaco: Guillermo de Rosenberg y el archiduque Fernando, 1574-1575, segun datos inéditos* (en ruso), y: *Relaciones entre Rusia y Polonia, 1574-1578, segun las memorias del nuncio pontificio Vincenzius Laurero*. Véase Forsten, obra citada.

antiguos derechos y deberes. Cuando en 1570 la paz de Stettin hizo al imperio mediador y árbitro en la guerra de siete años entre Suecia y Dinamarca, la primera de estas dos naciones cedió al imperio todo cuanto poseía en Livonia, habiendo confiado el emperador Maximiliano II el patronato de este país á Dinamarca. Solo Reval y Weissenstein debian continuar siendo suecas hasta que se resolviera la cuestión de los gastos hechos por Suecia. Pero la bandera imperial no habia sido desplegada mas que aparentemente, pues el proyectado arreglo no se llevó á cabo y á pesar de la paz subsistió en Livonia el antiguo antagonismo entre Suecia y Dinamarca. Cuando en 1572 el emperador en persona marchó contra Estonia para combatir sin riesgo á la aislada Suecia, confiando en el armisticio por él firmado con Polonia y con Dinamarca, consiguió realmente tomar por asalto á Weissenstein y mandó quemar vivos al valiente defensor de la fortaleza, Juan Boye, y á muchos alemanes, suecos y estonios que tuvieron la desgracia de caer con vida en sus manos. Pero despues el general en jefe sueco, Klaes Akeson Tott, derrotó completamente á 16,000 rusos, de modo que los restos de estas fuerzas abandonaron precipitadamente el país. Antes que ellos habíase retirado Ivan á Nowgorod, donde el día 12 de abril de 1573 se celebraron las bodas de Magno con la sobrina del czar. Merece ser reproducida la relación que un contemporáneo muy bien enterado escribió de este acontecimiento, y que es en extremo característica dentro del modo de ser del czar. «La boda — escribe Salomon Henning — fué, segun costumbre del soberano, magnífica y espléndida en todos sus detalles, pero los espectáculos, comedias, bailes y otros entretenimientos que antes y despues se celebraron fueron tan desvergonzados y repugnantes, que los oídos y los ojos decentes no podian escucharlos ni mirarlos. A los alemanes se les concedió por gracia especial el honor de que pudieran referir en su patria algo de la disolución de la corte rusa. El gran duque estuvo en la boda tan alegre y tan bestialmente borracho que no solo la adornó con su presencia sino que llevó á ella á un cantor, á un maestro de coros y á un maestro de canto y con algunos monjes jóvenes entonó en vez del himno nupcial el *Symbolum Athanasii*, tan bien y tan sin falta como no podian hacerlo sus *Concentores* mirando al libro, por lo cual se puso tan fuera de sí y se irritó tanto, que con el *Baculo* que le servia para llevar el compás golpeó aquellas sagradas cabezas hasta el punto de que en ellas se vieran las notas encarnadas. Tal maestro de enseñanza era. Segun generalmente tenia por costumbre cuando veía el cielo colgado de violines (cuando estaba borracho), empezó á entonar cantos épicos, *carmen triumphale*, cantos de vencimientos y de victoria de los dos emperadores de Kasan y de Astrakan, tales como en su juventud, cuando no contaba todavía veinte años y cuando acababa de ponerse al frente del gobierno, los habia á ambos vencido, hecho prisioneros y puesto bajo su yugo y servidumbre con todos sus territorios y gentes.»

El czar acariciaba la esperanza de apoderarse de una manera análoga de Livonia y transcurrieron algunos años durante los cuales se creía tocar la deseada meta. Los desórdenes que la desleal fuga del rey habia producido en Polonia debian ser, segun parecia, mas favorables á él que á nadie.

La circunstancia de haber sido elegido Enrique de Valois á espaldas de los lituanos contribuyó no poco á reavivar la antigua repulsión hácia la union lituano-polaca. Los elementos para quienes la formación de un Estado lituano tenian mayor interés que el Estado polaco, calculaban con mucho acierto cuando esperaban que la elección del czar como rey y gran duque traeria consigo una disminución del poderío de Polonia y un aumento considerable en la importancia de

Lituania. Por esto quien primero notificó al czar que el trono polaco estaba vacante fué el castellano de Minsk, Glebowitz. Ivan se apresuró á proporcionarse un salvo-conduto para una gran embajada; el primado Uchanski le envió el borrador de una carta que, en su sentir, habia de impresionar á los electores polacos, y el castellano de Wilna, Jan Chotkiewitz, hizo nuevamente partidario de la candidatura del czar é instó encarecidamente á éste para que no retardara ni un momento el envío de la embajada.

Ivan, sin embargo, todavía se detuvo. La ocasión no podia ser mas propicia para ganar terreno en Livonia á costa de los polacos y de los suecos. Sin entrar en detalles acerca de los acontecimientos de Livonia, que entonces se presentaban en extremo embrollados y que por su naturaleza facilitaban la intervención de cualquier enemigo, bastará para nuestro propósito señalar los hechos principales. Mientras las intrigas dinamarquesas arrebatában á Suecia una parte de los cortesanos livonios y tres importantes castillos, aunque sin tomar las convenientes disposiciones para la defensa de las nuevas conquistas, las tropas rusas mandadas por el rey Magno penetraban á principios de 1575 en la Livonia sueca, y aun cuando fracasó la tentativa de apoderarse de Reval, el país fué terriblemente devastado, siendo entregados á las llamas dos de los castillos que los dinamarqueses recientemente habian conquistado. Los invasores atravesaron el Báltico, á la sazón helado, y se dirigieron á las islas sin respetar mas territorios que aquellos que eran indiscutiblemente dinamarqueses y atacando la Livonia polaca, porque Ivan habia declarado concluido el armisticio con Polonia. Gran desgracia fué para esta que en 9 de agosto de 1575 Pernaú cayera en poder de los rusos despues de una heroica resistencia: siete mil rusos habian sucumbido cuando se rindieron los últimos sesenta hombres útiles que quedaban en la ciudad. Los vencidos, cosa casi inaudita en Ivan, fueron tratados con gran indulgencia, porque el czar calculó muy sabiamente que de esta suerte facilitaba la rendición de otras poblaciones mas débiles; y en efecto, cuatro pequeñas fortalezas se entregaron espontáneamente á los rusos, cuya dominación parecia ganar cada día mas terreno. Si á esto se agrega que en el verano de 1575 Suecia firmó con Ivan un armisticio de dos años para Finlandia, con lo cual el czar nada tenia que temer por la espalda y que los polacos en sus negociaciones electorales no encontraron fuerzas enérgicas para hacer la guerra, se comprenderá perfectamente que cobrara tantos ánimos el soberano moscovita, el cual pensaba en el próximo invierno penetrar en Livonia y en Curlandia y aun imaginaba sentar su planta en Prusia hasta donde pudiera. Sus tropas invadían todos los territorios suecos y polacos; en 12 de febrero de 1576 cayó Hapsal y ocho dias despues el convento de Padis y á no ser por la inquebrantable resistencia de Reval, Ivan se habria hecho dueño ya entonces de todas las posesiones suecas y de la mitad de la Livonia polaca. Estos sucesos y la resolución de vencer con un poderoso ataque del grueso de su ejército la tenaz resistencia de Reval explican la política seguida por el czar en la cuestión de la sucesión al trono de Livonia.

El día 12 de mayo de 1575 reunióse aquella dieta de Stenzycza que habia de decidir si Enrique de Valois era todavía rey de Polonia. En vista de que éste no se presentó ante la dieta y de que las promesas de sus embajadores no fueron por nadie creídas, prevaleció la opinión general de que debia procederse inmediatamente á la elección de un nuevo monarca. En realidad no habia entonces mas que dos candidatos, el emperador Maximiliano, á quien los magnates polaco-lituanos querian proclamar rey, é Ivan el Terrible, patrocinado por la Szlachta, que no queria oír hablar de un

«aleman» y que decia que á Ivan, por ser eslavo, se le podia llamar semi-Piasta.

La candidatura del emperador luchaba, además, con una dificultad de fórmula, y era que como Enrique no habia abdicado ni sido destituido y seguia usando en el trato diplomático el título de rey de Polonia, Maximiliano, que no podia como el czar prescindir de todas las formas de la etiqueta política, se hallaba imposibilitado de presentarse públicamente como pretendiente á una corona que no estaba vacante. La tentativa del Senado de decretar por medio de un manifiesto la destitución de Enrique, fracasó por la actitud de la Szlachta, que comprendió claramente adónde se queria ir á parar; pero viendo que á pesar de todo parecia probable la elección del austriaco, la dieta se dividió y la cámara de los diputados, es decir, la Szlachta publicó una memoria sobre el curso que la dieta habia seguido hasta entonces, encargó á unos comisarios que entablaran negociaciones con el Senado, al que atribuían la culpa de la desunion surgida, y acordó para el caso de que no se llegara á una inteligencia, convocar á las dietas provinciales y reunir una nueva dieta.

Fácilmente se comprenderá que la inteligencia era de todo punto imposible: el Senado, que hubo nuevamente de reconocer que era el factor político mas débil, no tuvo mas remedio que ceder. Una dieta de convocación reunida en el mes de octubre convocó á la dieta electoral para el día 7 del próximo noviembre en Varsovia. El procedimiento que en ésta se siguió fué el mismo que se habia seguido en la elección de Enrique, es decir, despues que los embajadores extranjeros hubieron formulado sus pretensiones, pasóse á la votación. Por el emperador Maximiliano votaron los senadores polacos y lituanos en su gran mayoría y además todo el clero y los representantes de Prusia; y los que no dieron su voto en pro del Habsburgo lo emitieron en favor de «un Piasta» ó de otros candidatos, habiendo obtenido un voto el vaivoda de Transilvania, Estéban Bathory. En la cámara de los diputados la inmensa mayoría votó por un Piasta, nombrando muchos al czar, bien que declarándose dispuestos á modificar sus votos si los demas persistian en la elección de un Piasta: también en esta cámara obtuvo el emperador Maximiliano muchos votos, tanto más importantes cuanto que los que los emitieron manifestaron que de ningun modo desistirían de su candidato.

El mariscal de los diputados se encontró muy perplejo acerca del modo de resumir el resultado de la elección, hasta que por último en 1.º de diciembre declaró que la Szlachta deseaba un Piasta, pero que algunos querian al emperador.

Como ya habia sucedido en Stenzycza, los senadores y los diputados no pudieron ponerse de acuerdo, pero esta vez la ventaja estaba de parte del Senado, el cual no tenia que hacer mas que esperar á que la Szlachta se disolviera y proceder luego á la elección de rey ó bien, puestos de acuerdo todos los senadores, proclamar la elección de Maximiliano prescindiendo de la Szlachta.

Los diputados y con ellos los otros contrarios á la elección del Habsburgo, sin abandonar el campo electoral, se separaron del lugar ordinario de la asamblea, es decir, de la tienda de los senadores. Fué aquella una *sessio*, como se dijo recordando los ejemplos de la historia romana, un rompimiento entre el pueblo y el Senado.

En las negociaciones que entonces se entablaron de campo á campo demostróse una vez mas la imposibilidad de allanar los antagonismos. En el Senado desde que los contrarios á la elección de Maximiliano se pasaron al opuesto bando, fué ganando cada día terreno la opinión de que debia prescindirse de los diputados. Los senadores, pasando